



Eva Puche Navarro

Comunicación Social y Medioambiental
Agente de Cambio Cultural

“ANDANDO AL COLE, POR EL BUEN CAMINO”

Autora: Eva Puche.

Psicóloga Socioambiental

La mayoría de nosotros recordamos **nuestro camino al cole** con algo de nostalgia y mucho romanticismo. Nos recordamos muy pequeños, muchos de la mano de hermanos mayores. Corríamos, reíamos, hablábamos de nuestras cosas, hacíamos amigos o enemigos, buscábamos atajos, pasábamos puentes, campos, obras y vías del tren. Íbamos solos, por allí no había más adultos que el panadero o el tendero que nos vendía el “Negrito”.

“Las cosas ya no son como antes” dicen los abuelos, y tienen razón. Hoy los niños y niñas **ya no van al cole con sus amigos o hermanos**, van de la mano de sus mayores, es más, uno de cada tres ni siquiera lo hace andando, **lo hace en coche**. Basta tener que recorrer 1.500 metros para que creamos que los estamos torturando. Y la lluvia y el frío... (me recuerdo en clase con la Katiuskas mojadas por dentro de tanto saltar en los charcos), y este calor!. A veces creemos que nuestros hijos son terrones de azúcar.

Y qué decir de los **entornos escolares** a la entrada y salida de clase? Decenas de coches con el peligro que esto implica para los peatones, niños y adultos, ruido, estrés, contaminación...

La cosa es seria. ¿Qué ha pasado? Existen muchas razones por las que los escolares ya no hacen su camino escolar solos o lo hacen en coche. Todos las conocemos: miedo al tráfico, a agresiones de desconocidos, falta de tiempo, lejanía, inclemencias del tiempo, corta edad, obligación (¿?), incluso el propio placer de acompañarles.

Los niños han sido retirados de la calle ante la amenaza de graves peligros. Entonces ¿dónde están los niños? Están seguros, están en casa. “Ahora pasan muchas más cosas...” afirman nuestros mayores. Cierto, las ciudades y sus gentes han cambiado. Según los expertos, el origen del problema es la apropiación de las calles y espacios públicos por parte del vehículo privado. Todo ha ocurrido silenciosamente. Año tras año, cada día más coches, más velocidad, menos espacio para caminar, **la calle se ha vuelto peligrosa**. Este es un bucle que no acaba. Llevamos a nuestros hijos en coche para protegerlos del peligro del tráfico, todo se retroalimenta en detrimento de modos de movilidad saludables y sostenibles como son el caminar o el ir en bicicleta.

De las razones antes alegadas, el miedo al tráfico es quizás la más poderosa, pero no la más presente. Existe un miedo inducido y generalizado, un **miedo desproporcionado**,

el miedo a que “les pase algo”: secuestros, violaciones, agresiones, drogas, malas compañías... Los medios de comunicación más sensacionalistas se han encargado de inducir este miedo, nos han transmitido, incluso sin quererlo, esta sensación de peligro constante y cotidiano que nos obliga a estar en alerta permanente, a supervisar en todo momento a nuestros menores, a **sobreprotegerles** (porque, no olvidemos que las familias siempre ha protegido a su prole...). No es necesario aquí y ahora hacer referencia a casos concretos, pero todos los conocemos. Ahora bien, ¿somos capaces de calibrar la frecuencia real de estos sucesos? ¿Nos equivocamos si afirmamos que ciertas desgracias pasan en una proporción inferior al uno por millón? Los datos fríos no nos engañan, este tipo de peligros están, casi siempre, dentro del entorno más cercano, más familiar.

Si nos paramos a analizar en concreto las razones por las que las familias llevan diariamente a sus hijos al cole en coche, nos encontramos con las grandes distancias, las inclemencias del tiempo y con la falta de tiempo (“es más rápido ir en coche”, “me pilla de camino”). También cierto, la ciudad agresiva y contaminada de ruidos y humos ha provocado que las familias huyan del centro urbano y se desplacen a “las afueras”. Las distancias han aumentado y miles de niños viven a más de 3 ó 4 kilómetros de su colegio, cuando no a más de 10 o 15. Optamos entonces por el vehículo privado o por el transporte escolar. Si contabilizamos el número de familias que se encuentran en esta situación ¿son realmente una de cada tres? No. **Hoy recurrimos al coche para distancias realmente cortas**. Quizás, en distancias medias, es momento de otras alternativas, como caminar, el bus urbano o incluso, si el trayecto es seguro, la bicicleta.

Pero seamos realistas, este es un intento fallido y atropellado (nunca mejor dicho) de neutralizar los miedos y motivos por los que creemos que es mejor acompañar a nuestros hijos al cole ya sea andando o en coche. Vamos mirar con atención la otra cara de la moneda, el **por qué es importante** que los niños y niñas en edad escolar (de 6 a 12 años) deben volver a ir caminando al colegio, y si van solos, mejor que mejor.

Apostemos en primer lugar **por la salud**. Caminar es hacer ejercicio, es obvio. Hoy uno de cada tres niños en España, padece exceso de peso. Eso nos preocupa y a menudo llevamos a nuestros hijos a hacer deporte como actividad extraescolar. Pensemos...

Y qué decir de esas experiencias personales con las que abríamos este artículo? Un pleno **desarrollo psicosocial** es esencial en esta etapa de la vida. Los niños deben aprender a relacionarse más allá del contexto puramente escolar, y deben hacerlo solos. Reconocer situaciones de peligro, conocer a sus iguales, aprender a orientarse, percibir los espacios, calles y lugares como suyos, correr, reír, y todo a su ritmo, no en los tiempos que marcan los adultos, no de su mano. Éstas deben ser experiencias libres, fuera del control parental. El desarrollo de una verdadera **autonomía personal** debe ir más allá de comer o vestirse solos. Y hay una edad para todo, pretender pensar que “tarde o temprano aprenderán” es robarles años de aprendizaje.

En tercer lugar, debemos saber que aquellos escolares que se desplazan andando o en bici al colegio, llegan más estimulados, **más receptivos al aprendizaje** y obtienen mejores resultados académicos. Numerosos estudios científicos lo avalan.

Por otro lado, que caminar sea la primera alternativa para desplazarse es también otra enseñanza esencial. En caso contrario estamos transmitiendo que la única forma de moverse es el vehículo privado. **Asumir hábitos de movilidad no motorizados y sostenibles** aportará a nuestra sociedad generaciones más saludables y como no?, ciudades más amables, con menos tráfico, menos contaminación y más espacio para pasear. Con este último motivo se cierra el círculo. Cuándo los escolares hacen su camino andando respiran aire más fresco que los conductores y ocupantes que inhalan por horas las emisiones de sus propios coches.

La reducción del tráfico y de la contaminación atmosférica sería pues un objetivo en sí mismo que contribuiría de forma global a la solución de este y otros muchos problemas de las ciudades, que sin duda serán mucho más habitables.

Para ayudar a las familias, a los escolares y a toda la comunidad educativa a ir avanzando en la **recuperación de sus caminos escolares** están surgiendo en los últimos años **programas de intervención comunitaria** que guían paso a paso este proceso: detección de necesidades de mejora de las rutas de acceso al cole (semáforos, pasos de peatones, barras de seguridad, anchura de aceras, etc), acciones de concienciación sobre movilidad infantil para las familias, actividades educativas en el aula, clases de educación vial, señalización de caminos, organización de rutas y grupos , también llamados “pedibus”, etc. Estas iniciativas surgen bien de los ayuntamientos, preocupados por las concentraciones de vehículos en las puertas de los centros escolares y los riesgos que esto supone, bien las propias AMPAS, los equipos directivos o incluso docentes interesados en mejorar la movilidad y la autonomía personal de sus alumnos.

Mi propuesta es hacerles pensar.